

Luis García Iglesias

Poema de la Bestia y el Angel,
de José María Pemán:
verso y composición métrica

MADRID
1997

INDICE

Introducción	7
I. Verso	14
A - Versificación silábica.....	15
Quiebros	16
Pentasílabo	23
Heptasílabo	24
Octosílabo	25
Eneasílabo	28
Decasílabo	34
Endecasílabo	35
Dodecasílabo	39
Alejandrino	40
Compuestos	41
a) Trece sílabas, 42.- b) Catorce sílabas (no ale- jandrino), 43.- c) Quince sílabas, 44.- d) Dieciséis sílabas, 48.- e) Diecisiete sílabas, 50.- f) Diociocho sílabas, 52.- g) Veintiuna sílabas, 56.	
B - Versificación acentual	57
Hexámetros	57
Tripodia anapéstica o anfibráquica	63

II. Rima y línea poética	65
III. Composiciones no estróficas	76
Romance	76
Silvas	78
IV. Estrofas	99
La octava real	99
Cuarteto alejandrino	102
La estrofa sáfica	104
La llamada estrofa alcaica	104
V. Prosa poética	112
VI. Conjunto del <i>Poema</i>	117
Epílogo	127

INTRODUCCION

No es la métrica la más afortunada disciplina filológica en lo que a consideración se refiere. Quienes no la cultivan, y son pocos los dedicados directamente a ella sea o no en exclusiva, piensan que consiste en poco más que un recuento mecánico de sílabas, acentos y formas. Esto puede afirmarlo un editor, que no advierte que alguien podría despreciar su tarea diciendo que lo suyo no pasa de copiar un texto, registrar mecánicamente variantes y añadir todo lo más alguna anotación sacada de manuales o enciclopedias; puede expresarlo un gramático estricto, de quien cabría decir que, limitándose al léxico y a las normas académicas, tiene su ciencia hecha y poco es lo que tiene de margen para la contribución propia original; a lo mejor la displicencia ante la métrica viene de un cultivador de la historia de la literatura, y a éste se le podría achacar que dedica el tiempo a coleccionar fichas de autores y obras, y a recoger lo que se ha escrito siempre en el caso de la producción pasada y lo políticamente correcto en el de la presente, labor en suma poco creativa y seria, y más que discutible. Pero ninguna de estas simplificaciones o caricaturas vale, es evidente. Cualquier manifestación filológica tiene una dignidad objetiva, una dificultad intrínseca, supone un campo inagotable para la reflexión y la aportación creativas, y cosa distinta es que en la práctica los estudiosos vayan más o menos lejos, sea el suyo un horizonte amplio o su esfuerzo quede en la raya de la mezquindad, acierten o no lo consigan. Se reduce todo, pues, al terreno de la calidad y no al del valor en sí de la disciplina. La métrica no es excepción,

por supuesto. Su objeto y su metodología están tan lejos de merecer desprecio como los de cualquier otra especialidad filológica. Luego, en la dimensión de las realizaciones concretas, un trabajo de métrica tendrá interés o carecerá de él, le sonreirá o no la fortuna, resultará bueno, mediocre o malo; como pasa con todo estudio, sea de crítica literaria, sea jurídico, sea de experimentación en laboratorio.

Si las páginas que siguen no han de pasar a la historia de la investigación filológica no es porque la ciencia métrica pesque por esencia en ruin barca, sino porque la intención del autor que esto escribe, al componerlas, escasea de ambición y porque ni siquiera cabe decir de él que sea un estricto especialista. A más de historiador de título y de ejercicio, soy filólogo clásico. Eso quizá me confiere el derecho de proclamarme profesional entre otras cosas de la métrica; por lo menos de la grecolatina, sobre la que algo he escrito como epigrafista, al estudiar inscripciones romanas en verso. Saben, sin embargo, quienes me conocen que ordinariamente dedico mis esfuerzos a tocar otros particulares; pero tantos, tantos particulares, que ni siquiera se extrañarán de que me haya sentido también atraído por éste. He experimentado siempre vivo interés por el verso español. Nada tiene de rara, pues, la ocurrencia de abordarlo desde una consideración metricológica. Mi ignorancia no es tal que llegue a convertir la iniciativa en osadía. Otros decidirán si lo conseguido en este caso ha merecido o no la pena. Y no me refiero a juicio global que se emita o se formule, sino al uso u olvido que aguarde a este mi original esfuerzo. Personalmente, hacerlo me ha resultado muy gratificante: leer los versos pomanianos, destriparlos, pensarlos y repensarlos, suscitar todo un juego de relaciones, vibrar internamente de gozo literario. Y ello, descansando. Porque yo acostumbro a reponerme de las fatigas con sólo cambiar de dedicación; otro tema, otro campo, otro mundo. Siempre existen en mi telar varios trabajos de confección simultánea y referidos a objetos en ellos mismos escasamente próximos. Y no tengo empacho alguno en publicar, junto con aquello de lo que soy modesto especialista oficialmente reconocido, también lo que produzco de dispar cuando necesito reposo. Lo peor que puede ocurrir es que no valga demasiado; y a veces vale, ¿por qué no? ¡Pero si, además, la mayor parte de cuanto los especialistas damos a imprenta, y de lo propiamente nuestro, está más lejos de lo genial que de lo mediocre!

Para escribir de métrica he elegido por segunda vez a José María Pemán¹. Me ha parecido tremendamente injusta su preterición de lustros debida a razones extraliterarias, y me ha interesado siempre su variopinta producción. Como orador dicen que era excepcional; sólo pude aproximarme un poco a esta faceta a través de sus charlas televisivas de hace ya muchos años. Como articulista fue un auténtico maestro. Como dramaturgo tuvo éxitos que no pudieron salir de la nada. Como poeta se le ensalzó en su tiempo sin cicatería, tal vez en parte por motivaciones no siempre poéticas, y nadie ha dicho que lo fuera malo o mediocre, sino que se le ha echado encima el desprecio implícito en un silencio intencionado. Entre la producción poética pemaniana destaca, por su extensión, su aliento y su circunstancia, *Poema de la Bestia y el Angel*. He elegido esta obra para su consideración métrica coincidiendo con la llamada del centenario natal de su autor, que está a la vuelta de la esquina. Sea este modesto estudio mi contribución a la efeméride; y al rescate y desagravio que a lo mejor dicha ocasión para la memoria -se celebrará sin duda- aportará al escritor gaditano.

El *Poema* apareció publicado en Zaragoza, primavera de 1938². Se imprimió con suficiencia de medios, a pesar de que España estaba todavía en plena guerra civil. Según el autor manifiesta³, había comenzado la obra en 1936, a no mucho del Alzamiento, avanzado noviembre, cuando comenzaba a no parecer inminente la entrada de los nacionales en Madrid y se advertía ya que la guerra iba a ser larga y dolorosa. La fue montando poco a poco, de frente en frente, de retaguardia en retaguardia; ochenta mil kilómetros de viaje, de faena propagandística, de arengas y recitales... Versos surgidos acá y allá, anotados en cualquiera de los papeles de uso. Nos dice Pemán que le llevó aproximadamente un año la composición. Pretende, al decir esto último, que el lector aprecie cuánto tiene el *Poema* de

¹ Hace poco he ensayado una aproximación meticológica, comprensiblemente más corta que esta otra que el lector tiene en sus manos, a una de sus más conocidas piezas dramáticas: L. GARCÍA IGLESIAS, "Métrica de *El divino impaciente*, de José María Pemán", *Miscelánea Comillas*, 54, 1996, p. 175-191.

² J.M. PEMÁN, *Poema de la Bestia y el Angel*, Zaragoza, Ediciones "Jerarquía", 1938. En adelante *Poema*, y referencia a las páginas.

³ En su prólogo titulado "Éste es el Poema de la Bestia y el Angel", en *Poema*, página 7.